

Toque intolerable: notas acerca de la subjetividad reactiva en el cosquilleo exteroceptivo

Intolerable Touch: Notes on Reactive Subjectivity in Exteroceptive Tickling

PAUL MAJKUT

National University
Estados Unidos de América

Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen II.

Actas del III Coloquio Latinoamericano de Fenomenología / I Coloquio Iberoamericano de Fenomenología y Hermenéutica.

Círculo Latinoamericano de Fenomenología, pp. 51-59.

Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú; Bogotá, Sociedad de San Pablo - Colombia, 2005.

Estudios recientes se ocupan de un detector del «no-yo» en el cuerpo asociado con el cosquilleo, que distingue entre auto-estimulación y estimulación proveniente de otro. El detector del «no-yo» opera como un mecanismo de cancelación que compara el cosquilleo propioceptivo y el exteroceptivo, bloquea los efectos del cosquilleo auto-producido e impulsa un servomecanismo que resulta en un comportamiento auto-defensivo (retorcerse, patear, acurrucarse fetalmente, etc.). ¿Cuáles son las implicancias de la incapacidad de hacernos cosquillas a nosotros mismos y, más importante que ello, de la habilidad del otro para hacérmolas? ¿Qué correspondencia hay entre esto y las nociones de la fenomenología? En un pasaje bien conocido de *Ideas II*, Husserl discute el tocarse a sí mismo dentro de la jaula de la conciencia: «tentando la mano izquierda tengo apariciones táctiles, esto es, no solamente siento, sino que percibo y tengo apariciones de una mano suave, lisa, formada así y asá. Las sensaciones de movimiento indicadoras y las sensaciones táctiles representadas, que son objetivadas como notas en la cosa 'mano izquierda', pertenecen a la mano derecha»¹. Fuera de la jaula, experimentos llevados a cabo por Sarah-Jayne Blackmore correlacionaron el cosquilleo (producido por una máquina) de la mano derecha con la izquierda. Demostraron que el grado de «cosquillidad» del participante residía en la mano derecha, la mano a la que se le hacía cosquillas. ¿Complementa el pasaje de *Ideas II* nuestra comprensión del detector del «no-yo»? ¿Indica el detector del «no-yo» que la subjetividad se origina como una reacción defensiva frente al otro? Dos cuestiones filosóficas adicionales son también abiertas por el detector del «no-yo»: los roles de (1) la predictibilidad/impredictibilidad como la característica definidora de la «otredad», y (2) del engaño del sujeto como una característica de la auto-construcción.

Recent studies discuss a nonself detector in the body associated with tickling that distinguishes between self-stimulation and other-stimulation. The nonself detector operates as a cancellation mechanism that compares proprioceptive and exteroception tickling and blocks the effects self-administered tickling, and triggering a servomechanism that results in self-defensive behavior (squirming, kicking, fetal huddling, etc.). What are the implications of the inability to tickle ourselves and, more importantly, the ability of the other to tickle us? How does this correspond to notions in phenomenology? In a well-known passage in *Ideas II*, Husserl discusses self-touch within the cage of consciousness: «Touching my left hand, I have touch-appearances, that is to say, I do not just sense, but I perceive and have appearances of a soft, smooth hand, with such a form. The indicational sensations of movement and the representational sensations of touch, which are Objectified as features of the thing, 'left hand', belong in fact to my right hand»². Outside of the cage, experiments conducted by Sarah-Jayne Blackmore correlate machine-administered tickling of the right hand by the left. They demonstrate that a participant's rating of «tickleness» resides in the right hand, the hand tickled. Does the passage from *Ideas II* complement our understanding of the nonself detector? Does the nonself detector indicate that subjectivity originates as a defensive reaction against the other? Two philosophical corollary issues are also posed by the nonself detector: the roles of (1) predictability/unpredictability as a defining quality of «otherness» and (2) deception of the subject as characteristic of self-construction.

¹ Husserl, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*, traducción de Antonio Ziri6n, M6xico: UNAM, Instituto de Investigaciones Filos6ficas, 1997, § 36, p. 184. En adelante, *Ideas II*.

² Husserl, Edmund, *Ideas Pertaining to a Pure Phenomenology and to a Phenomenological Philosophy. Second Book: Studies in the Phenomenology of Constitution*, translated by Richard Rojcewicz and Andr6 Schuwer, Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers, 1989, § 36, p. 152.

El cosquillar a solas es más solitario que la masturbación. Mientras que a la estimulación onanística la acompañan fantasmas seductores de recuerdo y deseo, el cosquillar propioceptivo es una forma de auto-estimulación empobrecida y vacía y, si su objetivo es la risa, frustrada desde el principio. Somos tan incapaces de hacernos cosquillas a nosotros mismos como de asustarnos sorpresivamente.

El hacerse cosquillas a uno mismo, una forma única de toque —un comportamiento arcaico, según se cree, enraizado en el «juego escandaloso» que fusiona lo macabro y lo alegre— es una relación social primaria. Esto es, en su primacía sensual, provee, en nuestra consideración, una base para la distinción entre el yo y el otro —o, posiblemente y de modo más profundo, ofrece una explicación de la Gran Muralla de la Conciencia, la distinción entre subjetividad y objetividad. Pese a no estar aún de ninguna manera convencido de mi propio argumento, estudios recientes dentro de la biología evolutiva, la neurología y la ciencia cognitiva dan paso a posibilidades intrigantes.

En la *Ética*, Aristóteles señaló claramente la incapacidad de una persona para hacerse cosquillas a sí misma (cosquilleo propioceptivo), comentando sobre lo obvio: Un hombre sentirá menos las cosquillas cuando él mismo se las causa y sabe que lo está haciendo. ¿Es por esto —se pregunta— que uno siente menos las cosquillas hechas por otras personas si uno sabe de antemano que se las harán, y más si no lo prevé?³ Recuérdese que estos comentarios se hacen dentro de una discusión acerca del poder de la razón sobre la pasión y la emoción —y la predictibilidad, cree el Estagirita, es una característica fundamental de la razón. El problema de la predictibilidad y la impredictibilidad requiere atención; pero un mecanismo neural recientemente

³ Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro VII, 7, 1150 b.

descubierto, que inhibe la reacción al auto-cosquilleo o cosquilleo propioceptivo, un proceso de cancelación del estímulo conocido como el «detector del 'no-yo'», define el contexto de esta atención.

Lo más interesante es que, en circunstancias ordinarias, yo no puedo hacerme cosquillas. El término «circunstancias ordinarias» es usado aquí en un sentido fenomenológicamente acrítico e indefinido, puesto que quiero, por el momento, quedarme en la «actitud natural», es decir, dentro del discurso propio del registro y la reflexión de las ciencias naturales, y no de la fenomenología. Tangencialmente, otras consideraciones me han llevado a preguntarme si es incluso posible dejar de lado la actitud natural —reconociendo que hay quienes creen ser capaces de hacerlo. Cualquiera que sea el caso en torno a este problema de actitudes sobre las actitudes, las «circunstancias ordinarias» del cosquilleo propioceptivo y exteroceptivo de las que se ocupa este artículo se sitúan en la reflexión dentro de la actitud natural, es decir, dentro del discurso de las ciencias naturales, aceptando inicialmente que no es posible dar cuenta del cosquilleo por medio de la reducción y el análisis fenomenológicos, pese a reconocer que la fenomenología puede lidiar con la categoría formal del «cosquilleo». Quizás, una comprensión fenomenológica de las «circunstancias ordinarias» está, por definición, más allá del alcance naturalista, puesto que el discurso naturalista es naïf o, como yo prefiero llamarlo, inocente, apoyándome en las categorías de inocencia y experiencia que tan bien describiera William Blake. Obviamente, no hay comprensión fenomenológica que no se encuentre precedida por, y enraizada en, la actitud natural.

Nótese que también estoy dejando de lado los muy interesantes contextos culturales y sociales en los que el cosquilleo fisiológico es «interpretado»; por ejemplo, las sonrisas y las risas. Esta discusión se restringe a consideraciones socio-somáticas. Pese a que la tortura del cosquillar hasta morir de la anabaptista Hermandad de Moravia, consistente en cabras lamiendo las plantas de los pies bañados con agua salada de las víctimas, es fascinante, así como lo son las consideraciones de género y clase de la risa y la risilla, estos aspectos quedan fuera de esta discusión. Lo mismo sucede con comportamientos lingüísticos de orden superior, tales como el humor en la comedia, que resulta en sonrisas y risas —lo vinculado a la «escuela de lágrimas y risas» de García Lorca, los oscuros enigmas de Macedonio Fernández, o el escribidor y la tía Julia de Vargas Llosa. Estos son estudios aparte. La pregunta de Shylock es nuestro punto de partida: «Si nos hacen cosquillas, ¿no nos reímos?»

Hacia donde me dirijo en esta reflexión inconclusa es a la idea de que, si reconocemos que el cosquilleo propioceptivo está bloqueado por un detector del «no-yo», entonces la fuente del toque yace fuera del sujeto y su gemelo fenomenológicamente intencional, el objeto inmanente, y en el otro trascendente, lo que, por su parte, lleva a pensar que el sujeto está constituido por el «otro» trascendente. No llega tan lejos como para afirmar que el «yo» ontológico es una construcción social. Es también

necesario decir que el «sujeto» epistemológico es consecuencia de una naturaleza trascendente, material, a la que uno se aproxima inadecuadamente por medio de la «actitud natural».

Los experimentos de Laurence Weiskrantz con una «máquina de hacer cosquillas» diseñada por él, fueron llevados a cabo para probar la tesis de Aristóteles, partiendo de la pregunta «¿puede una máquina hacer cosquillas?». La importancia de los experimentos de Weiskrantz radica en que las conclusiones alcanzadas contribuyen al largo «debate del cosquillar» entre explicaciones «interpersonales» y explicaciones «reflejas» del mismo, pese a no cerrarlo.

La pregunta, claro, no comienza con la afirmación de Aristóteles de lo obvio —que no podemos hacernos cosquillas a nosotros mismos— sino justamente en el por qué de esta imposibilidad, por qué no podemos hacernos cosquillas. Anotaciones hechas en la *Ética a Nicómaco*, la *Retórica*, la *Poética* y las *Partes de los Animales* se encuentran marcadas por declaraciones erróneas y falta de observación, tal como el comentario errado de que sólo los seres humanos pueden reír; y el libro perdido sobre la comedia, *Tractatus Coislinianus*, es tan poco útil como incompleto.

Dentro de las teorías en disputa sobre el cosquilleo, una explicación preferida por los filósofos es que el cosquillar exteroceptivo se origina en un «no-yo» que es interpersonal. En este punto de la discusión, algunos identificarán a ese «no-yo» como «el otro», pero por el momento es tomado aquí en un mundo fomal fichteano de no-A. En otras palabras, «el otro» no es en este punto fisiológicamente el a-yo, sino que no tiene subsistencia trascendentalmente objetiva, pero, paradójicamente, el cosquilleo exteroceptivo es, no obstante, social. Los interpersonalistas argumentan que el cosquilleo necesita siempre de otra persona como la fuente del toque. Al contrario, los reflexivistas defienden una teoría que sostiene que el cosquillar requiere solamente imprevisibilidad e incontrolabilidad, un reflejo o patrón motor estereotípico. Experimentos adicionales llevados a cabo por C. R. Harris y N. Christenfeld manipularon la fuente del cosquilleo. Aquellos a los que se les hizo cosquillas, se los cosquilleó dos veces: primero, por el experimentador y, segundo, por lo que aquellos cosquilleados fueron engañados para producir la creencia de que era una «máquina de hacer cosquillas»⁴.

La teoría del reflejo predice que el cosquilleo exteroceptivo interpersonal y no-personal debería ser igual de eficaz. La teoría interpersonal sostiene que la reacción al cosquillar automatizado debería atenuarse.

Harris y Christenfeld usaron 3 criterios: (1) la risa producida, (2) otros comportamientos reactivos tales como sonreír, contornearse, retorcerse, etc., y (3) reportes personales. Con estos criterios, la máquina de hacer cosquillas fue tan exitosa como el

⁴ Harris, C. R. y N. Christenfeld, «Humor, Tickle and the Darwin-Hecker Hypothesis», en: *Cognition and Emotion*, vol. 11 (1997), pp. 103-110, p. 106.

hacedor de cosquillas humano, interpersonal. Los experimentadores no encontraron «prácticamente ninguna diferencia» entre los dos tipos de cosquillar y concluyeron que «la risa producto de las cosquillas evidentemente no requiere que la estimulación sea atribuida a otra persona, como parecen implicar los informes interpersonales»⁵. No me extenderé sobre ello, pero debe notarse que la manipulación «clave» del experimento es un engaño intencional. Ello significa que, cuando menos, una descripción adecuada, clara y distinta del experimento debería decir «engañados para producir la creencia» y no, como Harris y Christenfeld inadecuadamente lo describen, en términos de la «creencia» de la persona a la que se le hace cosquillas. La evidencia de estos experimentos sugiere dos consecuencias filosóficas: (1) la fuente del cosquilleo no es interpersonal; (2) el sujeto se constituye por otro trascendente.

Más aún, lo que se sugiere aquí es que el «detector del no-yo» no es personal y que el sujeto es producido o constituido por el objeto. Esto aún no contradice la irrealdad del ego trascendental de Husserl como una vacuidad formal (un «punto-cero de orientación»), ni deja de lado la intencionalidad, pese a que sí revierte la «direccionalidad» inherente a la teoría de la intencionalidad. He argumentado, en otro lugar, que sin el ego trascendental, o la subjetividad trascendental, la estructura de la intencionalidad es dejada sin esta direccionalidad-característica. El sujeto trascendental impersonal (el punto cero) reacciona al cosquilleo del cuerpo que «posee» («yo tengo un cuerpo», como Husserl explica en *Ideas II*) constituyendo un yo objetivo en reacción al toque exteroceptivo del otro/«no-yo», y el otro es simultáneamente dado y apodóticamente seguro. El «yo» es en este sentido el avatar de un sujeto constituido y el sujeto trascendental la respuesta de una objetividad activamente constitutiva.

Weiskrantz diseñó el bien conocido experimento de la máquina de hacer cosquillas que sometió a prueba la tesis de Aristóteles, permitiendo al sujeto un grado de tres niveles de control desconocido para el sujeto del auto-cosquilleo. Obviamente, no había máquina alguna realmente —sólo el engaño de una. Él encontró que la intensidad del cosquillar se correlacionaba con la habilidad del sujeto para controlar, es decir, predecir la intensidad del cosquillar. La intensidad del cosquillar dependía del control⁶.

Los estudios de Weiskrantz lo llevaron a proponer un «detector del no-yo» en el cerebro que se encuentra asociado al cosquilleo propioceptivo, encontrando que la «incapacidad humana para hacerse cosquillas a uno mismo es el resultado de una cancelación neurológica del sensorio, como consecuencia de movimientos auto-producidos»⁷. Sarah Jayne Blackmore confirmó el descubrimiento de Weiskrantz, identifi-

⁵ *Ibid.*, p. 107.

⁶ Weiskrantz, Lawrence, «Preliminary Observations on Tickling Oneself», en: *Nature*, vol. 230 (1971), pp. 589-599, p. 591.

⁷ *Ibid.*, p. 595.

cando además el tiempo transcurrido y la perturbación del toque como las cualidades definitorias de la predictibilidad propioceptiva⁸. La cancelación del estímulo que previene la auto-estimulación del cosquilleo es mínima cuando no hay ninguna demora o perturbación del toque, pero se incrementa proporcionalmente con demoras y toques zigzagueantes, hasta que el toque propioceptivo se vuelve indistinguible del toque exteroceptivo. El cosquilleo es, entonces, una variedad de toque que se mueve; usando la imagen por resonancia magnética (IRM), Blackmore sitúa la fuente del proceso de cancelación del estímulo, el «detector del no-yo», en el cerebelo⁹.

El detector del «no-yo» distingue entre auto-estimulación y estimulación proveniente de otros, comparando el cosquilleo propioceptivo y el exteroceptivo, bloqueando los efectos del cosquilleo auto-proporcionado, e impulsando un servomecanismo que resulta en un comportamiento auto-defensivo, el cual va desde la suave sensibilidad de la picazón y los movimientos nerviosos, pasando por el retorcerse y acurrucarse fetalmente, hasta el patear y golpear violentos.

¿Cuáles son las implicancias de esta incapacidad de hacernos cosquillas a «nosotros mismos» —o debe eliminarse el presupuesto de esta pregunta, replanteándola de tal manera que no postule un «yo» a ser cosquilleado antes de que seamos por primera vez cosquilleados cuando bebés? ¿Hemos dirigido erróneamente nuestra atención al buscar a un «yo» socialmente construido en lugar de enfocar nuestra atención en la fuente subjetiva vacía del yo, es decir, en la subjetividad per se? Nuevamente: ¿ha colocado ya la pregunta un «yo» a ser cosquilleado aun cuando el cosquilleo ocurra en la infancia pre-yóica?

La explicación del detector del no-yo de los orígenes psicológicos de un yo socialmente construido puede vincularse a la teoría fenomenológica, revelando estratos de «objetividad» similares a lo que Husserl llama «residuo existencial», pero la remoción de varias capas, cual piel de cebolla, del yo trascendental —reducciones del ego natural, del ego psicológico— no lleva a un yo trascendental nuclear, como Husserl demanda. Mientras que un «método» de exfoliación puede descartar egos trascendentales no substancializados, no lleva a un ego trascendental. ¿Cómo puede un punto-cero ser revelado si no es afirmando lo que no es? Con la misma seguridad, este método, por las mismas razones, tampoco niega al ego trascendental, dejando que se aluda a él sólo por vías indirectas, las «oraciones raras» de Husserl y Fink, es decir, a través de analogía, solipsismo o paradojas que encuentran al punto-cero de orientación como un punto vacío temporal y espacialmente. Pero, pese a que esta explicación del yo trascendente revela niveles de objetividad, estratos objetuales del yo, la explicación de la subjetividad permanece ilusiva. Una cancelación fisiológica

⁸ Blackmore, Sarah Jayne, «Central Cancellation of Self-produced Tickle Sensation», en: *Nature Neuroscience*, vol. 1 (1998), pp. 635-640, p. 637.

⁹ *Ibid.*, p. 638.

—una reducción, si se quiere— se lleva a cabo. Esta cancelación, explicada como una distinción primordial entre sujeto y objeto, obliga a la subjetividad a separarse y distanciarse de estos estratos, una cancelación que rompe el proceso intencional que lleva a una partición entre sujeto y objeto, lo que irreconciliablemente rompe la relación intencional y noética entre el polo noemático y el polo del sujeto. Podría decirse que la intencionalidad misma comienza en este proceso de cancelación. Como lo expone Provine, «el cosquilleo es considerado como la base neurológica del yo»¹⁰. En pocas palabras, el cosquillar es el punto de partida fisiológico de un análisis del yo.

La incapacidad de hacernos cosquillas a nosotros mismos nos lleva, entonces, a una conducta más fundamental, es decir, la capacidad del no-yo/«otro» para hacernos cosquillas. Esta capacidad es un empoderamiento del afecto en varios grados, sea o no deseada. En un conocido pasaje de *Ideas II*, recogido luego por Merleau-Ponty, Husserl discute la acción de tocarse a sí mismo dentro de la jaula idealista de la conciencia: «Tentando la mano izquierda tengo apariciones táctiles, esto es, no solamente siento, sino que percibo y tengo apariciones de una mano blanda, lisa, formada así y así. Las sensaciones de movimiento indicadoras y las sensaciones táctiles representantes, que son objetivadas como notas en la cosa 'mano izquierda', pertenecen a la mano derecha»¹¹.

Husserl reduce aquí las «notas» de la cosa (mano izquierda) a la sensación/percepción de la cosa (mano derecha). Desarrollado completamente, Husserl dibuja una pintura que retrata un ego trascendental activo —pese a que, dado que su actividad constituye el mundo entero y todos sus contenidos, «supra-activo» podría ser el término más apropiado— y un ego trascendental pasivo que se reduce a un ego «engañado». En uno u otro caso, el engaño se vuelve la característica definitiva del ego trascendental.

Fuera de la jaula omnicompreensiva de la conciencia husserliana, Blackmore también llevó a cabo experimentos con las manos izquierda y derecha. Estos experimentos demostraron que el nivel de «cosquillidad» de aquellos cosquilleados residía en la mano cosquilleante, o, en otras palabras, como «notas» de la cosa, no en las sombrías representaciones en la conciencia de estas «notas» de la cosa.

Husserl no es lo suficientemente husserliano. Pese a que podríamos aceptar, en aras de la discusión, su descripción de un espectro experiencial de apariciones táctiles, un importante aspecto de esa experiencia pasa desapercibido y sin ser descrito al ignorar una mano izquierda trascendente. Mientras que las sensaciones indicadoras de toque «pertenecen a la mano derecha», pertenecen igualmente a la mano izquierda. Parece que aquí, al situar la fuente de las apariciones táctiles en el cuerpo psico-

¹⁰ Provine, Robert R., *Laughter: A Scientific Investigation*, New York: Viking, 2000, p. 100.

¹¹ *Ideas II*, § 36, p. 184.

somático, Husserl cae en la trampa del «residuo existencial» contra la cual advertía a otros en otro lugar. Más aún, notamos que las manos izquierda y derecha son capaces de sentirse una a otra simultáneamente y que la atribución de la sensación activa depende de un «mecanismo alternante» neurológico. En otras palabras, la actividad y la pasividad de las apariciones táctiles surgen de una fuente externa al toque de una u otra mano, es decir, del cerebro. Es esta experiencia de la sensación táctil lo que brinda una clave a la fuente neurológica de este «ver a través» eidético y alternante (en este caso, «tocar a través») como una función del cerebro y el mecanismo de cancelación del estímulo que previene el auto-cosquilleo.

Harris y Christenfeld explican: «Cuando intentamos tocar nuestra propia piel, nuestro cerebro envía una orden (eferente) a nuestros músculos para que toquen nuestro cuerpo en alguna parte. Este acto motor inicia un evento sensorio (aferente) correspondiente de la piel tocada, que es enviado de vuelta al cerebro, donde es comparado con una copia (copia eferente) de la orden original enviada a los músculos. Si el mensaje sensorio de la piel corresponde con el eferente de la orden a los músculos, los dos se cancelan mutuamente y no se da ninguna respuesta al cosquillear. Si su piel es tocada por otra persona o cosa, sin embargo, no hay copia eferente que cancele el mensaje sensorio de la piel, y el estímulo táctil es interpretado como un toque exteroceptivo (producido por el no-yo) o, especialmente cuando hay movimiento, como una cosquilla»¹².

Un punto clave aquí es que cuando llegamos al otro lado de la línea media del cuerpo y estimulamos la otra mitad de la simetría corporal, sentimos que cosquillea más, lo que corresponde con el contexto de la detección del no-yo (otredad). Simplemente, es menos probable que el cerebro interprete el estímulo contralateral como información propioceptiva pues, como la información exteroceptiva, arriba al cerebro al mismo tiempo que al detector del no-yo.

No hay conclusiones.

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE RODRIGO FERRADAS

¹² Harris, C. R. y N. Christenfeld, «Can a Machine Tickle?», en: *Psychonomic Bulletin & Reviews*, vol. 6 (1999), pp. 504-510, p. 507.